

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PÚBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Julio de 1932

Núm. 89

Enrique Molina,

LA PERSONALIDAD DE GOETHE Y SU IDEAL DE PERFECCIONAMIENTO (1)

HACE cien años dejó de existir en Alemania un gran-
de hombre, un hombre de grandeza casi única.
Fué uno de los más altos poetas que ha tenido el mun-
do occidental. Si Dante, Shakespeare y Cervantes
pueden igualarlo en algunos rasgos de su personalidad
artística, por lo demás no lo superan. Fué un pro-
fundo y sutil pensador, investigador de la naturaleza
de genial originalidad, estadista e infatigable hombre
de acción.

De este hombre se ha conservado con escrupulosa
y amante devoción todo lo que se ha podido arrancar
a la acción destructora de la muerte.

Podéis visitar en Francfort la casa donde él naciera
al terminar la primera mitad del siglo XVIII, casa
ordenada y confortable de burgueses acomodados.
Ahí podéis ver los retratos de la familia: del padre,
señor Consejero Imperial, grave y reposado; de la ma-
dre, de fisonomía inteligente y jovial; de la hermana
y compañera Cornelia; y del propio Goethe en todas

(1) Conferencia leída en el Teatro de la Universidad de Concepción, el
19 de Mayo de 1932.

las edades y siempre con sus rasgos de belleza varonil.

Podéis visitar las casas donde viviera en Weimar, su lugar de residencia de casi toda la vida, la pequeña casa del jardín en pleno campo, y la amplia mansión del centro de la ciudad, que son verdaderos museos goethianos.

Y se han conservado sobre todo sus obras, ricas de inspiración y sabiduría, de serenidad y fluidez, su correspondencia y sus conversaciones con Juan Eckermann. Pocas veces como en este caso es dado decir que los libros son preciosos estuches del espíritu, que guardan un tesoro con que puede alimentarse para siempre el alma de los hombres sin que sufra agotamiento ni disminución.

En *Poesía y Verdad*, en los *Viajes Italianos* y en los *Anales* nos refiere el poeta su propia vida. Sus grandes novelas *Los Años de Aprendizaje* y *Los Años de Viaje de Wilhelm Meister*, *Werther* y *Las Afinidades Electivas* están tejidas en gran parte sobre episodios de su existencia.

Con qué viveza nos refiere el poeta mismo su nacimiento.

El 28 de Agosto de 1749, dice, al dar las campanas el mediodía, vine al mundo en Francfort sobre el Mein. La constelación era feliz; y el sol se hallaba en el signo de la Virgen y ese día en su punto culminante; Júpiter y Venus los miraban amigablemente y Mercurio sin hostilidad; Saturno y Marte permanecían indiferentes. Sólo la Luna que acababa de entrar en su plenitud, desplegabá tanto más el poder de su reflejo cuanto que su hora planetaria había comenzado el mismo tiempo. Ella se oponía, pues, a mi nacimiento, que no pudo verificarse sino después de pasada esa hora. Estas circunstancias favorables, que los astrólogos estimaron en mucho después, deben haber sido la causa de mi conservación, ya que por la torpeza de la matrona vine al mundo como muerto y fueron menester múltiples esfuerzos para hacerme ver la luz. Este accidente, que había sumido a mis padres en una gran angustia se convirtió en origen de una ventaja para mis conciudadanos porque mi abuelo Juan Wolfgang Textor, alcalde de la ciudad, aprovechó la oca-

sión para establecer un partero oficial y fundar o reformar una escuela de maternidad, lo que debe haber sido muy ventajoso para los que nacieron después de mí.

Tenía razón Goethe al decir que había nacido bajo buena estrella. Su hogar fué un excelente centro para su primera educación. Su propio padre le enseñó el griego, el latín y el francés. Más tarde los dos estudiaron juntos el inglés.

El padre era severo, seco y formulista. La madre, en cambio, jovial, alegre, inclinada a hacer grata la vida. Todas las tardes le contaba al niño Wolfgang, historietas y cuentos que eran uno de los mayores deleites de la vida de los dos.

De esos años de adolescencia hay que apuntar dos impresiones en el espíritu de Goethe; los rasgos pintorescos de su ciudad que dejaron en él el fermento del alma medioeval y su estima de las costumbres populares que tenía oportunidad de observar en sus vagancias por las estrechas callejuelas y los extramuros de la ciudad.

Como se sabe, Goethe fué un gran amador. Más tarde expresó que en su concepto la idea y el amor eran los mejores caminos para llegar al fondo de las cosas. En Francfort se empieza a trenzar la cadena de amores por que pasa nuestro poeta casi hasta el día de su muerte. Se enamoró perdidamente de una modesta obrera. El amor no fué más allá de un beso en la frente que ella le diera una noche que él fué a acompañarla hasta su casa. Lo cual no impidió que el joven Goethe cayera enfermo cuando el idilio terminó porque la prenda tuvo que irse de Francfort. Merece también recordarse este episodio, porque la muchacha se llamaba Margarita y su nombre ha quedado inmortalizado en el Fausto.

A los diez y seis años se matriculó Wolfgang como estudiante de la Universidad de Leipzig. Su padre que-

ría hacer de él un buen jurisconsulto y allá fué a estudiar derecho y letras. Pero el estudio de las leyes y la forma de la enseñanza universitaria pronto lo decepcionaron. Sin embargo, la crítica literaria de que aquí se impuso y que le aplicaron a sus propios ensayos poéticos le fué en definitiva favorable. Gran parte de su tiempo lo pasó en el taller del pintor Oeser, quien le enseñó que el ideal de la belleza es la sencillez y la calma. A la hija del pintor le escribía más tarde Goethe y le decía:

A su padre le debo el sentimiento del ideal.

Después de algunos tanteos encontró que no debía atenerse a otra fuente de inspiración que a la que brotara de sí mismo, que a expresar en obras de arte sus sentimientos inmediatos y a sus propias impresiones. Es la advertencia que Fausto hará al ingenuo Wagner:

¿Esperas encontrar la fuente pura que sacie toda sed en pergaminos? Si de tu propio pecho no es que surja jamás esperes el consuelo.

En Leipzig se enamoró nuestro poeta de Anita Schonkopf, hija del maître del hotel en que comían él y otros estudiantes. Goethe fué bien correspondido en un principio, pero al poco tiempo, a causa de celos infundados y de procedimientos injustos, propios de un estudiante presuntuoso, con que la hostigaba, Anita no encontró otra cosa mejor que hacer que romper con su galán y éste tuvo que conformarse con verter sus penas y dolores en *El Capricho del Amante*, que fué su primera tentativa dramática.

Así empezó para mí, dice Goethe en *Poesía y Verdad*, refiriéndose a este momento o a otro anterior, esa necesidad, de que no he podido apartarme en toda mi vida, de que todo aquello que me ha causado placer o dolor o que me ha ocupado de alguna ma-

nera deba transformarlo en alguna imagen, en una poesía, o en un poema, para rectificar de este modo mis conceptos respecto del mundo exterior y quedar más conforme conmigo mismo y tranquilizarme. Todas las obras que he entregado en adelante al público no son más que fragmentos de una gran confesión.

A este respecto dice H. Stewart Chamberlain:

Posee Goethe el don de referir sus propias experiencias amorosas (ya sea en primera o tercera persona) con tanto relieve, íntimamente, tan sencillamente fiel a los hechos y a la vez elevando la prosa de la vida a la más alta poesía en forma que la literatura universal no ofrece ni a la distancia un ejemplo semejante.

No todas las aventuras de Goethe en Leipzig fueron tan platónicas como la referente a Anita. Nuestro poeta no aspiraba ni con mucho a la santidad. «sé como eres» era su divisa y a quien le pidiera mayores explicaciones le agregó que él era «bueno y malo como la naturaleza». Llevó Goethe en Leipzig la existencia de un estudiante alegre y vividor, y al cabo de tres años regresó a la casa paterna con la salud bastante quebrantada.

Durante los meses que tuvo que pasar en relativa reclusión en Francfort, conoció a la señorita de Klettemberg, persona de espíritu muy sincero y profundamente místico. Para Goethe el misticismo no era más que una de las honduras a que podía llegar con su genio; pero a él mismo no se le podía llamar místico. Le gustaba, ante todo, no perder contacto con la realidad sensible. Tampoco fué observante de ninguna religión. Mas no podían dejar de impresionarle las nobles cualidades de la señorita de Klettemberg y ha hecho de ella un admirable retrato en el capítulo de los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister intitulado «Confesión de un alma hermosa», capítulo que bien vale la pena de ser leído por sí sólo como un buen tónico espiritual. Con la señorita de Klettemberg se dedicaba también—

cosa curiosa,—a estudios de magia y ciencias ocultas y pasaba horas con ella en un laboratorio que tenía en su casa en medio de alambiques y retortas haciendo experimentos alquimistas, prácticas en que podemos ver tal vez uno de los sillares del futuro Fausto.

Goethe fué a terminar sus estudios de derecho a Estrasburgo, donde obtuvo el grado que tanto deseaba su padre al cabo de un año. También se aficionó ahí a los estudios de Anatomía y asistía con frecuencia a la sala de disecciones de la Universidad. En Estrasburgo inició Goethe su amistad con Herder, escritor que ya gozaba de gran renombre en Alemania, de vasta ilustración y agudo espíritu crítico. Herder ejerció considerable influencia sobre Goethe por la severidad de su crítica y su entusiasmo por la poesía primitiva y popular. Goethe buscaba el trato de Herder por el provecho que sacaba de él, aunque le mortificaba su tono irónico y sarcástico. De este tiempo data el ardiente entusiasmo que despertó Shakespeare en el alma de Goethe. La tragedia clásica francesa no era del gusto de nuestro poeta. La hallaba fría, retórica, amanerada. En cambio en Shakespeare ¡cuánta vida, cómo bullen en sus dramas las pasiones y los más encontrados caracteres humanos!

Cerca de Estrasburgo se encuentra el pequeño pueblo de Sesenheim. El pastor del lugar de apellido Brion, y su familia,—su mujer, dos hijas y un hijo—vivían felices, gozando de tranquilidad espiritual y de paz semi-campesina. Goethe fué presentado a ellos y acogido con la más franca y sencilla cordialidad. Nuestro poeta era aficionado a las bromas y solía llegar disfrazado, una vez de pobre estudiante de teología, otra de modesto aldeano. Siempre se le recibía con cariño. Una de las niñas, Federica, era encantadora: bella, alegre, de buen juicio, de espíritu reposado y carácter sereno. Goethe se enamoró de ella apasionadamente y fué correspondido. Pero el idilio duró menos

de un año. Cuando llegó la hora de la vuelta a la casa paterna, Goethe partió inexorablemente sin hacer ninguna promesa. De los labios de la niña no salió ni una queja ni un reproche. Debemos suponer muchas lágrimas derramadas en el silencio de la alcoba. La familia permaneció tranquila. Federica recibió después varias proposiciones de matrimonio y las rechazó siempre, diciendo que quien había tenido por amante a Goethe no podía pertenecer a otro hombre.

Este es uno de los casos en que se podría hablar con cierta razón del egoísmo y de la inconstancia de Goethe. No es fácil defender a nuestro poeta del cargo de inconstante cuando él mismo ha celebrado la inconstancia con las siguientes palabras:

Es una impresión muy agradable sentir que una nueva pasión comienza a brotar en nosotros antes que la anterior se haya extinguido por completo. Así uno contempla gustoso por un lado el sol que va declinando y por el otro la nascente luna y se deleita en el doble brillo de ambas luces celestiales.

Otros se han encargado de decir que la pasión extinguida no dejaba en él ni dolor ni remordimiento. Sea como quiera, la separación de Federica no fué debida a una nueva pasión ni se realizó sin pesar. En verdad nada más, distante de Goethe que el prurito donjuanesco. A la mujer la admiraba y la idealizaba y jamás sin duda lo movió en el amor un propósito de engaño o de burla. Era pasionado, pero no permitía que lo dominara la pasión. Su separación era la obra de su voluntad de no dejarse entablar por nada que pudiera limitar su evolución ulterior. Significaba una dolorosa manifestación de carácter en servicio del desarrollo de su personalidad.

Al poco tiempo de su regreso a Francfort, dió a luz Goethe el drama histórico *Goetz de Berlichingen*, la primera de sus obras que ha alcanzado la celebridad. Inspirado en viejas crónicas medioevales y en el espi-

ritu caballeresco heroico y rebelde, encontró ese drama viva resonancia en el alma germánica y trajo a su autor general y merecida fama.

La aparición del *Werther*, su obra más popular, no hizo más que confirmar y aumentar esa fama. Werther, como es sabido, nació del episodio amoroso de Wetzlar. Esta pequeña ciudad de la región del Rin era la sede de la Corte de Justicia del Imperio y allá fué Goethe a perfeccionar su práctica jurídica. Pronto conoció a Carlota Buff, niña huérfana de madre, que vivía consagrada a su hogar y al cuidado de sus muchos hermanos menores. Goethe ha dejado descripciones bellísimas de escenas domésticas cuyo centro lo formaba Carlota. Carlota era hermosa, de clara y serena inteligencia y dulce carácter. Estaba de novia con Kestner, secretario de la Legación de Hanover, joven discreto y de sentimientos nobles. Goethe pasó a ser un íntimo de la familia, y, no obstante, la situación de Carlota, un apasionado amor prendió en su pecho por ella,

El estado sentimental de Goethe no causó mayor alarma ni a Kestner ni a Carlota. Ambos se sentían perfectamente resguardados en su rectitud y sólido buen juicio. Pero para Goethe la situación se hizo insostenible y una mañana se fué de Wetzlar sin haberse despedido personalmente ni de Carlota ni de Kestner y dejándoles sólo cartas llenas del más hondo sentimiento. Nuestro poeta huía de nuevo del amor. En Seseheim huyó de los lazos de un amor feliz. En Wetzlar de las torturas de un amor imposible. La pasión se había encendido en él; pero él iba a sofocar la pasión. Una vez recuperado el dominio de sí mismo empezó la elaboración artística de ese drama de su corazón y dos años después de la partida de Wetzlar salió a luz *Werther*. El alma alemana estaba preparada para dejarse conquistar por este hermoso libro. Era la segunda mitad del siglo XVIII, siglo sentimental, frívolo y revolucionario. La Nueva Eloísa y otras obras

de Rousseau eran conocidas en Alemania. Los espíritus estaban abiertos a los afectos románticos y al amor a la naturaleza. La historia de Werther es muy conocida, es la idealización de la aventura de Wetzlar con la diferencia de que el poeta fué a buscar el olvido de su pasión en la vida y al pobre Werther la suya la condujo al suicidio. Para que Goethe diera este fatal desenlace en su obra influyó la trágica muerte del joven Jerusalem, joven romántico y soñador, hoy diríamos además un poco neurasténico e hipocondríaco, que en el mismo Wetzlar, después de la partida de Goethe, puso fin a sus días amargado por un amor sin esperanza y por fracasos en su carrera diplomática. El éxito de Werther en Alemania y luego fuera de Alemania fué enorme. El héroe es profundamente simpático desde el principio hasta el fin. Su amor a la naturaleza es tan puro y sincero, que se queda embesado ante briznas de yerbas y pequeños gusanillos; ama a los niños con ternura y lo engloba todo en su adoración al universo, a Dios dentro de un panteísmo elevado y sentimental. La prosa del libro es cálida y sencilla, flúida e inspirada. Hubo que lamentar una plaga de suicidios en Alemania después de la publicación del Werther. A varias de las víctimas se les encontró el pequeño libro en el bolsillo. Mientras Goethe, siguiendo la ascensión de la pirámide de su personalidad sacudía de sí el *wertherismo*, Alemania caía en él. Ya hoy no se quita la vida la gente por el solo hecho de leer el Werther, aunque los suicidios por amor continúen y han de continuar tal vez sin término. Pero no se puede leer este librito sin la más honda emoción y sin que cada alma joven o cada alma enamorada encuentre en sus páginas la mejor expresión de sus penas e inquietudes. Un amigo mío, hace años, amando sin esperanzas, no halló ótra cosa mejor que hacer que obsequiarle a la dama de sus pensamientos un bello ejemplar del Werther en cuya dedicatoria

expresaba lo que él debía hacer y decía «derramar una lágrima sobre la tumba de Werther y seguir su ejemplo». Pero él optó en definitiva por no seguir el ejemplo del héroe romántico sino el más sabio de Goethe y se alejó del peligro.

De vuelta a Francfort un nuevo amor ocupa el corazón del poeta. Ama a la señorita Schoeneman, de la alta sociedad, hija de un banquero. Es la Lili de sus poesías. Goethe encuentra correspondencia, pero ese amor no puede conducir más que al matrimonio y nuestro poeta le teme a las complicaciones que sabe resultan para su vida de atarse con lazos irrevocables. Un viaje a Suiza preparó la ruptura y luego aceptó la invitación del gran duque Carlos Augusto de ir a establecerse en Weimar. En un drama que compuso en ese tiempo *Stella*, hace que las propias heroínas engañadas justifiquen la inconstancia de los hombres, diciendo que para el hombre no hay mejor bien que su libertad y que si engañan a una mujer no lo hacen movidos por un mal propósito sino por un impulso irresistible de su naturaleza.

Weimar ha quedado consagrado como una especie de Olimpo espiritual de la Alemania de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Entonces tenía solo siete mil habitantes. Hoy día, siempre pequeña ciudad, pero de cuarenta y cinco mil almas, vive en cuanto a gloria literaria, de sus recuerdos. Es un panteón ilustre. Ya hemos mencionado antes las casas de Goethe la casa llamada del jardín, donde viviera los primeros años, y la amplia mansión del centro del pueblo que fuera su residencia definitiva. Se pueden ver aquí salones sencillos y elegantes adornados con reproducciones de estatuas griegas, la biblioteca y los espaciosos gabinetes de ciencias en que trabajaba el poeta-investigador. En una calle central se conserva también la modestísima casa en que vivió Schiller. A estos lugares de devoción artística se han agregado después la casa

ocupada por el gran músico Liszt y una fundación en homenaje a la memoria de Nietzsche, debida a la iniciativa y cuidado de su hermana Isabel, donde se encuentran las mejores ediciones de las obras del filósofo y documentos que digan relación con él.

Weimar fué en realidad un pequeño Olimpo intelectual. Tal vez no se encuentra en la historia otro caso de una tan pequeña ciudad que haya congregado durante un largo número de años una constelación de hombres superiores como Goethe, Schiller, Wieland, Herder y a la zaga de éstos, Juan Enrique Meyer, Riemer, Eckermann y otros. Taine ha dicho que en Alemania desde 1780 a 1830 se había pensado, se habían producido todas las ideas que el intelecto europeo no hizo otra cosa que elaborar y repetir en el resto del siglo XIX. Este juicio tan despectivo para la intelectualidad de la revolución francesa y tan honroso para Alemania, es el reconocimiento por un juez intachable del valor de Weimar. Porque fuera de la obra de este centro no habría que considerar en el tiempo indicado nada más que la de Kant y Hegel, y la de los dos Humboldt.

Pero aquel Olimpo no carecía de sombras, tal vez porque el destino de los hombres es vivir siempre insatisfechos. Goethe decía de Weimar que era un agujero. Herder se quejaba amargamente de ese «desolado Weimar, desgraciado término medio entre corte y aldea». Wieland hablaba del pobre Weimar, en que todo falta. Merck, refiriéndose sin duda a falta de atenciones municipales, decía en una ocasión que aquello era una cosa inmunda (Dreckwesen). Schiller escribía después de haber vivido cuatro años en Weimar: «En cualquier parte se está mejor que aquí», «No me gustaría morir en Weimar». Otra vez dijo que en Weimar, fuera de Goethe, no había sino dos personas con quienes tratar, la señora de Stein y Herder.

No faltaban, además, las habladurías y chismes con

que los hombres se amenizan y amargan la vida en todos los pueblos. Cuando Goethe llegó a Weimar, Carlos Augusto tenía diez y ocho años y era de carácter impetuoso y violento. Imaginaos con este carácter un soberano absoluto en todo el fuego de la juventud. El y Goethe se entregaron durante el primer tiempo a una vida algo disoluta; correrías por los campos, largas comidas bien rociadas con vino del Rhin, y muchas otras calaveradas. Las lenguas se desataron contra el recién llegado. Se propasaban hasta ridiculizar su modo de andar muy tieso (Perpendikulargang) que parecía desentonar en las mal pavimentadas calles de Weimar, a lo cual le agregaba singular comicidad el hecho de que su fámulo siguiera a pocos metros de él tratando de imitar su manera estirada.

Pero los excesos duraron sólo algunas semanas. Goethe no perdió jamás el control de sí mismo y en lo sucesivo se esforzó en morijerar atinadamente y encaminar bien el carácter del príncipe, tarea que se vió coronada por admirables resultados. La gran duquesa Luisa, esposa de Carlos Augusto, a quien le iba su felicidad, en estas partidas, le quedó muy reconocida por esa provechosa influencia.

Tuvo asimismo que soportar Goethe en un principio las murmuraciones y resistencias de la corte que no se conformaba con la fortuna de quien era mirado por algunos cortesanos sólo como un burgués advenedizo.

El descontento subió de punto cuando Goethe fué nombrado consejero íntimo de legación con el agregado de que se le dejara libre su tiempo para dedicarlo a sus ocupaciones predilectas. Entonces Carlos Augusto dejó estampada en las actas del Consejo la siguiente noble declaración:

Los espíritus esclarecidos nos felicitan por que tengamos entre nosotros un hombre semejante. Su inteligencia y su genio son

conocidos. Emplear un hombre de genio en otro lugar que en aquel en que pueda aprovechar sus facultades extraordinarias es abusar de él. Si se objeta que a causa de su nombramiento personas de mérito pudieran creerse postergadas, responderé en primer lugar que no conozco a nadie dentro de mi servicio que pueda aspirar a una ventaja parecida. En segundo lugar no daría jamás a la simple antigüedad un empleo que implica relaciones tan estrechas conmigo y con los intereses de mis súbditos. No lo daré más que a un hombre que goce de mi confianza. No me hará cambiar de opinión el juicio del mundo que tal vez desapruera la entrada del doctor Goethe en la administración más importante sin que antes haya sido funcionario, profesor, consejero de finanzas o de gobierno. El mundo juzga por prejuicios, más yo procedo como quien quiere cumplir con su deber, no en vista de la gloria y del aplauso de los demás, sino para estar de acuerdo con Dios y con su conciencia.

Goethe supo corresponder a la amistad y protección del gran duque con la más entera y leal consagración a su servicio. Fué siempre deferente y sincero con él sin halagarlo jamás como un palaciego. Podríamos decir que desempeñó los cargos de ministro del interior, de ministro de finanzas, de ministro de obras públicas y de ministro de guerra. Acudía personalmente a socorrer las aldeas que eran víctimas de alguna calamidad. Wieland, lo llamaba «pontífice máximo», porque tenía que ocuparse de la construcción y reparación de puentes. Intervenía en el reclutamiento de tropas para el ejército del gran ducado. Es verdad que éste se componía por todo de seiscientos hombres.

Estas actividades ejercieron la más saludable acción en el propio carácter de Goethe, desarrollando sus sentimientos de abnegación en favor de sus semejantes. Socorría con su dinero y sus consejos a mucha gente. Hacía viajes especiales al campo para ayudar a personas necesitadas. A un pobre hombre a quien había auxiliado por correspondencia fué a visitarlo una vez llevándole nuevos socorros; pero fué disfrazado,—broma que como sabemos era muy de su agrado,—y

estuvo conversando con él toda una tarde de los asuntos de Weimar y de Goethe sin darse a conocer.

Simultáneamente continuaba nuestro héroe sus labores intelectuales, artísticas y científicas, Goethe estaba muy lejos de ser un literato profesional ni un virtuoso del estilo.

La inmediata observación de las cosas es para mí todo; las palabras sin esto valen muy poco. La palabra no debe ser más que un espejo del pensamiento.

Tal vez por lo mismo y por la riqueza de su genio fué un maestro del lenguaje. No era un poeta que se sentara a hacer poesías ni un escritor que se propusiera desarrollar un tema. Sus obras brotaban como frutos de la transformación que se operaba en su alma activa de la realidad circundante en otra realidad de orden superior. Y así debemos entenderlo aunque la elaboración de las obras se prolongara durante años, tal cual ocurrió con el Fausto y el Wilhelm Meister.

Goethe supo dirigir y aprovechar muy inteligentemente la cooperación de profesores, amigos y servidores. Para sus estudios de geología y botánica se hizo preparar colecciones completas de cuanto podía necesitar. Para sus estudios de anatomía tuvo a sus disposición los gabinetes y los profesores de la cercana universidad de Jena. Para sus múltiples tareas administrativas, organización de teatros, fundación de periódicos, contó con cooperadores eficaces. Para la corrección de sus propios escritos tuvo a su lado auxiliares hábiles y preparados en gramática y filología como Juan Enrique Meyer, a quien lo unió una larga amistad, y como Reimer y Eckermann.

Se me ha presentado siempre dice Goethe en *Poesía y Verdad*, lo que se refiere al corazón como lo más importante de la vida y sólo creamos cuando éste se halla bien para animarnos.

Su corazón se consagró durante los diez primeros años de residencia en Weimar a la señora de Stein. Ella fué

como la Ninfa Egeria del sabio y del poeta. Goethe conoció a Carlota de Stein a los pocos días de haber llegado a Weimar y se prendó de ella con la pasión y vehemencia que acostumbraba. Carlota era hermosa, inteligente e ilustrada y correspondió al afecto de Goethe. Pero a la vez era de buen juicio, casada con un alto dignatario de la Corte, seis o siete años mayor que Goethe y con algunos hijos. En estas condiciones no podía gastar la misma vehemencia de su amador.

Sin ti no puedo estar, le escribía nuestro héroe en un viaje de diplomático que hizo por encargo del gran duque; solo no puedo tenerme; no soy un ser independiente. Todas mis debilidades las he apoyado en ti; tú las proteges y llenas mis vacíos.

Ella fué para él, en efecto, un lugar de reposo espiritual y de ternura y aconsejándolo y refrenándolo, ejerció la más favorable influencia sobre el desarrollo de sus trabajos. No poco han discutido los biógrafos sobre si este amor fué siempre platónico. No estamos en situación de dirimir tan ardua cuestión. Lo que no deja lugar a dudas es que lo fué por largos años y que por el lado de la señora Stein, tiene más bien los caracteres de lo que llamaríamos una amistad amorosa.

Esta amistad empezó a enfriarse con motivo del viaje de Goethe a Italia; y por supuesto que hubo razón para ello, ya que el poeta ni anunció su partida ni se despidió personalmente de su amiga. Quería otra vez independizarse.

A la vuelta no hubo reconciliación y la ruptura llegó a ser completa a causa de que Goethe llevara muy frescamente a vivir a su casa a su amante Cristiana Vulpius, una obrera en flores artificiales. La posteridad reconoce con amplitud los privilegios del genio y perdona con generosidad sus deslices. Pero la señora de Stein no era todavía la posteridad y una situación semejante le causó profunda irritación. Menos aun lo eran los provincianos habitantes de Weimar, y el

escándalo fué grande. Pero Goethe prosiguió tranquilamente sus trabajos y sólo se casó con Cristiana diez y ocho años más tarde.

Antes de partir a Italia casi había concluído Goethe una de sus obras más apreciadas *Ifigenia en Táurida* y llevó bastante adelantado su célebre drama *Torcuato Tasso* que terminó en la península. Ya estaba trabajando también en el *Wilhelm Meister* y en el *Fausto*.

El viaje a Italia era para Goethe la realización del ensueño de su vida. Lo preparó en secreto, temiendo que alguien pudiera perturbarlo en la consumación de su acariciado proyecto. Sólo Carlos Augusto sabía de él. Partió sigilosamente, casi a media noche, de los baños de Carlsbad y a toda la rapidez que podía dar entonces una silla de posta no paró hasta encontrarse en tierra italiana. Visitó casi toda la península y la Sicilia; pero la mayor parte de los años que permaneció en Italia los pasó en Roma. Poner los pies en Roma fué para él como llegar a la ciudad santa del arte y del espíritu. A sus inquietudes anteriores sucedió una dulce tranquilidad. Fueron admirables la sencillez y la laboriosidad de su vida. Ocupó dos modestas piezas, se sustrajo a toda vida social, a toda diversión que no significaran un enriquecimiento de su inteligencia o un desarrollo de su cultura. No dejó museo ni monumento que no estudió. A menudo dibujaba lo que más le interesaba. Quería renovarse, sacudir el peso de toda preocupación pequeña, despojarse de todo lo que encontraba de estrecho en su educación germánica, sumir su alma, como en las aguas de un Jordán purificador, en el arte de la antigüedad y del Renacimiento. Se hizo el propósito de proscribir cualquiera aventura amorosa y casi lo consiguió por completo. Sólo la pasión por una joven a quien se ha llamado «la bella milanese» perturbó su corazón por corto tiempo.

Goethe vió con pesar acercarse la hora en que tenía que volver a Alemania. Podría haber continuado en Roma porque Carlos Augusto no se habría opuesto a ello; pero creyó que su deber era regresar y se sometió a su deber.

De vuelta en Alemania escribió:

Soy realmente otro hombre, convertido, completado, siento agruparse la suma de mis fuerzas y espero hacer algo. Me siento siempre bien de espíritu y de cuerpo y creo poder halagarme con la idea de una curación radical. Todo me es fácil y me siento a veces animado de un soplo de juventud.

Sus impresiones, observaciones y juicios sobre estos dos años, en la península apenina los ha consignado en el libro que ya hemos mencionado «Viajes Italianos». En Roma terminó su célebre drama «Egont» que había empezado años antes en sus últimos tiempos de vida en Francfort.

A poco de regresar a Weimar publicó Goethe sus *Elegías Romanas*, bellas poesías libremente amorosas, inspiradas sobre todo, a pesar de su título, en su pasión por Cristiana y en los goces que ella le procuraba.

Poco después salieron a luz los *Epigramas Venecianos*, derivados de un segundo viaje a Italia en que el poeta llegó hasta la reina del Adriático.

El viaje a Italia es un acontecimiento decisivo en la vida de Goethe. Vuelve el poeta y el pensador en la plena madurez de su genio, enriquecido extraordinariamente su espíritu, lleno de admiración por la euritmia y la belleza griegas. En estas condiciones va a continuar su vasta labor creadora.

En este momento la fortuna le depara uno de los mejores dones que puede otorgar la vida a un hombre: un amigo, un amigo de verdad. Famosa es la amistad de Goethe y Schiller. Como un lazo íntimo empezó sólo después que ambos habían vivido más de cinco años

en Weimar, tratándose únicamente en cuanto hombres de letras y artistas. Pero después ¡qué vinculación más noble, hermosa y fecunda! No podían dejarse de ver día a día y sometían a recíproco examen sus producciones. Memorable amistad que perduró hasta la muerte prematura de Schiller en 1805, dejando ésta en el corazón de Goethe un pesar de que dió muestras aun hacia el fin de sus días.

Acompañando al duque de Weimar asistió a la batalla de Valmy. Las balas de cañón llovían cerca de él y su vida estuvo en peligro; pero su sereno valor no lo abandonó ni un instante. Tomaba la prueba como un ejercicio de la voluntad. En la noche de la derrota, en medio de los oficiales del Estado Mayor Prusiano, tuvo palabras proféticas para apreciar el significado de esta primera victoria de la revolución francesa.

En este día, les dijo, ha empezado una nueva era de la historia y podréis, señores, afirmar que habéis tenido el honor de asistir a su nacimiento.

También como acompañante del gran duque, presencié el sitio y toma de Maguncia por las tropas alemanas. De manera que pudo ver de cerca los horrores de la guerra y las consecuencias de la onda revolucionaria que de Francia se iba extendiendo por la Europa Occidental. Goethe no simpatizaba con la revolución. Era muy contraria a su espíritu de orden y tranquilidad. Al respecto decía a Eckermann treinta años más tarde:

Yo no podía ser amigo de la revolución, cuyos sangrientos excesos me tenían profundamente impresionado y que al repetirse cada día, cada hora, me producían una sensación de indignación y repugnancia, sin que fuera dado prever qué resultados benéficos saldrían de esos horrores. Yo no podía ver con indiferencia de que se tratase de reproducir artificialmente en Alemania las escenas que en Francia habían sido el resultado de una necesidad poderosa. Pero yo era igualmente muy poco amigo de una

soberanía arbitraria. Estaba plenamente convencido de que toda revolución es la culpa, no del pueblo, sino del gobierno. Las revoluciones serán imposibles desde que los gobiernos sean constantemente equitativos y que estén alertas a prevenir las revoluciones por medio de reformas oportunas.

Digamos aquí que por lo mismo Goethe fué admirador de Napoleón, lo fué siempre, aun antes de la célebre entrevista de Ehrfurt. Napoleón representaba para él, además del genio, el orden.

Pero los juicios que pronuncia Goethe sobre los hechos que presenció en la guerra y sobre la revolución son, en todo caso, serenos e imparciales y, en medio de las mayores dificultades y penurias de las campañas, jamás se desmintieron la entereza y la jovialidad de su carácter.

De esta época data su gran obra *Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister* en que había venido trabajando durante varios años y cuya lectura provocó el más puro entusiasmo en Schiller. Asimismo el bello poema *Hermann y Dorotea*, que es como la epopeya de la pequeña burguesía alemana.

Aun se enamoró Goethe a los sesenta y tantos años de Minna Herzlieb. Reflejos de este amor se encuentran en su novela *Las Afinidades Electivas*. Goethe decía de ella que no había una línea que no contuviera reminiscencias de su vida.

Pero este no fué su último amor. En los baños de Marienbad conoció a la señorita Ulrica de Lewezow y se prendó apasionadamente de ella. La niña tenía diez y nueve años y el ilustre poeta setenta y cuatro; pero su corazón estaba aún joven, conservaba el don propio de la juventud de gozar y sufrir por el amor. Eco de esta pasión fué su *Elegía de Marienbad* en que aun brillan la grande inspiración y el sentimiento de sus mejores poesías.

En estos últimos tiempos dió a luz *Los Años de Viaje de Wilhelm Meister*, obra que escribió durante un largo

período de su vida y con frecuentes interrupciones. Ha resultado así formada por un conjunto de episodios un tanto desconectados y que, aunque encierran muy sabias enseñanzas sobre educación, religión, cultivo de los campos, colonización y otros tópicos de las actividades humanas, no tienen la unidad ni despiertan el interés de *Los Años de Aprendizaje*.

En 1831 terminó Goethe el *Fausto*, la magna obra en que había trabajado durante sesenta años. Como en el *Wilhelm Meister*, se observan notables diferencias entre la primera y la segunda parte del poema, debidas a las distintas maneras como fueron elaboradas. La primera parte del *Fausto*, como la de *Wilhelm Meister*, es la obra de una inspiración sostenida y continuada. Las segundas partes de ambos libros son el producto de una labor perseguida con interrupciones al través de largo tiempo en los últimos años del poeta.

La primera parte del *Fausto* es un poema intensamente dramático; las situaciones en él van de lo cómico a lo patético; todos los personajes,—Dios, el demonio, los hombres, la heroína angelical, las brujas,—hablan el lenguaje que les corresponde. La segunda parte en cambio, es un conjunto de fragmentos o episodios, compuestos en distintas épocas en que el interés dramático desaparece y cuyo único lazo de unión lo forman los personajes principales, Fausto y Mefistófeles.

Fausto es un tipo profundamente humano. Venerable es el hombre que inspira todos sus actos en el imperativo del deber. Es recio, firme y ejemplar, pero suele serlo como un tubo de hierro lleno de aire frío. A la generalidad de los hombres, hombres buenos y débiles, sólo el amor y la esperanza de amor los sostienen verdaderamente en la vida. Todo lo demás es distracción, resignación y renuncia. Es el caso de Fausto. La desilusión del inútil saber que ha acumulado y de cuanto le rodea ha llegado a la médula de su alma. En la primera parte del poema no se ha elevado

todavía a la altura del deber y del bien y entrega su alma al diablo para llenarla con una pasión. Que antítesis más completa con don Quijote. El Caballero de la Mancha es el perfecto, el incurable iluso; Fausto el hondamente desencantado, el juguete de una insatisfacción sin remedio. Por esto el héroe de Goethe constituye una expresión acabada de lo humano, sobre todo en un sentido masculino y occidental de la humanidad. En cambio, cabe decir de don Quijote que por las nobles quimeras que persigue es más humanitario.

En la segunda parte del poema, Fausto orienta su vida hacia lo bello, el bien y las actividades benéficas. Los ángeles le disputan su alma a Mefistófeles y a los demonios que acuden en su ayuda. Las potencias celestiales, al lado de las cuales se halla la dulce Margarita, intervienen en favor del héroe y, confirmando el concepto humano entendido en la forma que acabamos de indicar, lo salvan, gracias a que ha anhelado mucho y amado mucho.

* * *

En este ensayo para delinear una silueta de Goethe sólo hemos podido hacer poco más que anunciar sus principales obras. Hacer otra cosa requeriría un curso.

Cuando se leen las obras de nuestro poeta se siente una impresión de serenidad, de seguridad y hasta de majestad. Nada de apresuramiento nervioso en el desarrollo de la materia.

«¿No fué el mundo hecho de una sola vez?» pregunta el pequeño Félix a Jarno, en los *Años de Viaje de Wilhelm Meister*; y Jarno contesta: «Las cosas buenas necesitan tiempo».

Nada de contorsiones efectistas en el estilo. Los personajes de Goethe no dejan de ser víctimas de la tragedia. Pero cuánta diferencia con las figuras atormentadas y contrahechas de Dostoyeswky. En las páginas

de Goethe el dolor y las angustias *sobrevienen*; pero no forman el ambiente mismo en que se mueven sus personajes. Son como una tempestad, un huracán, una inundación que azotan un lugar de la tierra; pero pasa y el sol torna a brillar, el aire se siente más puro y la naturaleza se vuelve a presentar en todo el esplendor de una belleza tranquila. En los libros de Dostoyewsky, el dolor y la angustia son como la carne misma de la vida y todo lo demás es sombras e ilusiones.

Pero se equivocaría quien creyera en vista de lo dicho que Goethe era de por sí de naturaleza serena. La armonía, la serenidad que se admiran en Goethe son el resultado del triunfo que obtiene, día a día, en la lucha de las tendencias contradictorias de su espíritu.

Contemplar y estudiar lo contrario y contradictorio para reducirlo a la armonía, dice Wilhelm Meister—El hombre razonable no ha tenido otra preocupación en toda su vida,

contesta un discreto viejo que conversa con él.

Las antinomias del alma de Goethe se manifiestan en la lucha de su razón con sus pasiones, en su ansia de libertad y en su inclinación al amor. Cae en el amor y huye de él. En el orden intelectual necesita siempre Goethe pensar sobre datos concretos y no dejar de reducirlos a ideas abstractas, antinomia o polaridad que no pasa de ser un rico proceso evolutivo del pensamiento. Primero observar, luego sobre lo observado pensar, y lo pensado transformarlo en nuevas imágenes, ideas y conceptos.

La oposición entre la pasión y el buen juicio la ha expresado Goethe en varias de sus obras en dos personajes contrapuestos. En el apasionado Werther y el mesurado Alberto, en el sentimental Torcuato Tasso y el razonable Antonio, en el vehemente Eduardo y el discreto capitán de Las Afinidades Electivas. Esas parejas de figuras opuestas representan dos fases del

carácter del autor; pero en Goethe concluye siempre por pesar más el platillo de la razón.

Es un afán de la vida de Goethe ser un hombre de voluntad firme y lo consigue. Se ejercita en el dominio de sus nervios. No huye de las balas francesas en Valmy. En la cúspide de la catedral de Estrasburgo hace acrobacias inverosímiles para dominar el vértigo que experimentaba a tan grande altura. Se acerca a los regimientos en marcha para sobreponerse a la molestia que le producían los tambores, y, si mal no recuerdo, termina un acto de *Ifigenia* mientras desfilaba por delante de él un batallón. Un día iba a tener lugar en la corte un acto, al cual debía asistir en su calidad de ministro. Pero se hallaba enfermo en cama de reumatismo. Ya había pasado largamente de los sesenta. Mas se acordó de que Napoleón decía que en sus servidores no aceptaba más enfermedad que la muerte. No quiso ser menos que un servidor de Napoleón. Se levantó como pudo y asistió al acto. Una vez terminado éste tuvo que volver a acostarse inmediatamente.

Estimaba Goethe el arte como una alta escuela para la pura creación humana. Entre estos actos creadores no hay ninguno tan importante como aquellos por medio de los cuales el hombre pasa a ser creador de sí mismo y da independientemente significado y contenido a su vida. Filósofos y moralistas de todos los colores han sostenido, desde Calvino hasta Schopenhauer, que la personalidad es invariable. Goethe no cree en esta inmutabilidad.

Cada cual es capaz, dice, en cuanto pueda modificar las relaciones que existen entre él y las fuerzas que lo rodean, de hacer de su yo en teoría permanente un nuevo yo. Por naturaleza no poseemos ninguna falta que no pueda convertirse en virtud, ni ninguna virtud que no pueda convertirse en falta.

De aquí su hermosa concepción de su personalidad como

una pirámide cuya altura debía esforzarse por elevar continuamente.

Goethe trabaja en el proceso de su perfeccionamiento, basándose sólo en sí mismo y sacando sus principales fuerzas del fondo de su propio ser. Desde su juventud cobró mucha afición al filósofo Spinoza, cuyas doctrinas correspondían perfectamente a su viril manera de encarar la vida.

Es una manera personal de él, pero que considera la única propia del hombre. Para el efecto de su enriquecimiento, de su afianzamiento interior, el hombre no debe esperar nada de los demás ni ningún socorro de la providencia divina.

Una vez leído Spinoza, decía, hay que resignarse de una vez por todas a cuanto sobrevenga; así se libra uno después de estar resignándose en detalle.

Y en otra ocasión agregaba:

Si se me preguntara cuál es de los libros que conozco el que está más de acuerdo con mis ideas, indicaría la *Ética* de Spinoza.

Lo dicho no significa que Goethe fuera un discípulo del sistema de Spinoza. Nuestro poeta no se plegó jamás por completo a ningún sistema filosófico. No simpatiza con la metafísica ni con la mística. Prefiere apartar el pensamiento de todo lo que se le presenta inasible. Se llama con gusto a sí mismo «entendedor de hombres». Tampoco se debe deducir de las líneas anteriores que negara a Dios. El suyo lo podríamos llamar un panteísmo poético concretado en cada detalle del mundo y de la vida.

El gran ser que llamamos la Divinidad, decía, no se manifiesta sólo en el hombre sino también es una rica y poderosa naturaleza y en los mismos acontecimientos del cosmos.

A su amigo Jacobi que con mucho fervor le escribía:

Hay que creer en Dios, le contestaba tranquilamente: Yo lo contemplo, es decir, lo estudio en sus obras—¿Crees en Dios? preguntaba Margarita a Fausto—Amor mío, ¿quién osaría decir: Creo en Dios? contesta éste. Puedes preguntar a sacerdotes y sabios y su respuesta no parecerá sino una burla dirigida al preguntador. Luego, ¿no crees? agrega Margarita. Y Fausto responde: No interpretes mal mis palabras, hermosa mía. ¿Quién puede nombrarlo? ¿Y quién puede confesar: Creo en El? ¿Quién siendo capaz de sentir, puede atreverse a exclamar: No creo en El? Aquel que todo lo abarca, Aquel que todo lo sostiene, ¿no abarca, no sostiene a ti, a mí, a él mismo? ¿No se extiende el cielo formando bóveda allá en lo alto? ¿No está la tierra firme bajo nuestros pies? ¿No se elevan las eternas estrellas mirando con amor? ¿No te contemplo yo clavando mis ojos en los tuyos? Y todo cuánto existe ¿no impresiona tu cabeza y tu corazón y se agita visible e invisible cerca de ti en un eterno misterio? Por grande que sea, llena de esto tu corazón, y cuando, penetrada de tal sentimiento, seas feliz, nómbralo entonces como quieras, llámale Felicidad, Corazón, Amor, Dios. Para ello no tengo nombre; el sentimiento es todo. El nombre no es más que ruido y humo que ofusca la lumbre del cielo.

La actividad y su estimación como algo fundamental en la vida constituye uno de los ejes de la personalidad de Goethe. «En un principio fué el acto» dice Fausto señalando el comienzo activo de todas las cosas. Más tarde Mefistófeles: «la acción lo es todo; la gloria nada». Son innumerables los pasajes de los escritos de nuestro poeta en que se enaltece la acción.

Uno puede considerar que vive trescientos años y más haciendo todos los días honradamente lo que debe. Sólo son dignos de la libertad y de la vida los que se la conquistan día a día. Conquista tu herencia día a día para que la goces.

En sus últimos tiempos expresaba con estoicismo:

Sólo puede sostenernos el cumplimiento del deber.

La labor intelectual en Goethe significa siempre un proceso activo. El no reproduce nada simplemente.

Todo lo somete a una nueva elaboración propia. En su busca de la verdad su gran maestro era la naturaleza y la observación de ella con amor. Desconfiaba de todo saber verbal y su punto de partida tenía que estar formado por percepciones sensuales. Estas entraban a elaborarse en su poderoso cerebro y cual debería ser el fin del proceso lo expresaba el gran pensador con estas profundas palabras:

Por medio de la reflexión prestar a lo invisible y a lo inefable una especie de cuerpo.

En razón de su profundo activismo venera Goethe la personalidad humana como un haz de facultades que se deben desarrollar desde adentro. Tratar de educar a los hombres desde afuera, por medio de enseñanzas y prescripciones, sería una ilusión. Únicamente sus propios hechos pueden cultivar el alma humana. El hombre no es un ser destinado a aprender de una manera pasiva; es un ser vivo; activo y llamado a obrar. Sólo en la acción y en la reacción nos regocijamos.

Ya sabemos que Goethe no se afilió jamás por completo a un sistema. Los sistemas encierran y limitan el espíritu. El mismo no formó ninguno. Nunca quiso decir una última palabra, formular una conclusión definitiva, salvo en la obra de arte, donde no se trata de comunicar doctrinas sino de crear formas que sean en su propio ser acabadas. Quería que sus convicciones no fueran tomadas como una doctrina sino como una confesión. Imponerse a los demás puede, según nuestro poeta, el que tiene poder. Que trate de convencer quien posea condiciones de sofista y se complazca en el aplauso de los necios. El saber (en el sentido de conocimientos acumulados) puede ser aprendido. A la verdadera sabiduría sólo es dado inducir; tiene que ser el fruto de una siembra cuidadosamente preparada y de un germinar de adentro. Lo que uno remueve en el alma de otro vale más que lo que uno da.

Goethe, con estas palabras, se señala como un gran precursor, cual lo es en tantos otros campos del saber humano, de las doctrinas de la educación contemporánea y de los métodos activos.

Gran asunto es este de la acción que preconiza Goethe. Pero ¿deberemos entender que habla así de la acción sin más ni más? ¡Ah no! La acción desordenada conduce a la bancarrota. Hay que concebirla dentro de un todo armónico, hay que darle un sentido espiritual. Goethe rodeaba a su acción de una constelación de cualidades y condiciones que revelan la grandeza de su alma y su hondo buen sentido.

Era veraz y serio, jovialmente serio.

Puedo haber tenido muchos defectos declaraba, pero jamás he engañado a nadie.

No se pagaba de apariencias e iba al fondo de las cosas.

Lo que brilla es para el momento, expresa el poeta en el Prólogo del Fausto, lo serio, lo de valor, queda como un tesoro perdurable para la posteridad.

Su amor a la libertad no le impedía ver que no es dado concebirla sin limitaciones. Toda actuación inmoderada, toda ilimitada ambición de poder, de fortuna y de influjo coloca al individuo fuera de la sociedad humana y trae en definitiva su propio aniquilamiento. Sabido es que decía:

En la limitación se da a conocer el maestro.

Para Goethe el héroe es el que sabe dominarse a sí mismo. Aquel que reflexivamente reconozca en lo que debe sentirse limitado se halla muy cerca de la perfección. En las *Afinidades Electivas* la pareja de enamorados, que saben dominar su pasión, Carlota y el Capitán, llegan por lo menos a un puerto de calma; los

que se dejan arrastrar por ella, Otilia y Eduardo, van a la ruina.

La limitación tiene que tomar muy a menudo la forma de renunciamiento:

Toda realización de algo importante, decía, va estrechamente unida a la renuncia de ventajas que se refieren a uno mismo.

Sabemos como era un anhelo de la voluntad de Goethe mantener siempre la serenidad de su espíritu.

Tranquilidad y tolerante tenacidad deben conducirnos a través de la vida.

¡Qué admirable consorcio de cualidades significa esa tolerante tenacidad! En la noble serenidad, en el resuelto dominio de la impaciencia se encuentra uno de los más bellos rasgos del carácter de Goethe y una de las más valiosas enseñanzas que su vida contiene para nosotros. Puede unir una infatigable actividad con un sentido de la serenidad significa alcanzar un ideal de la cultura espiritual humana.

Particular énfasis ponía Goethe en el sentimiento del respeto que se debe manifestar no sólo a los superiores sino también a los humildes. El respeto es el ambiente esencial de la convivencia humana. El respeto y la obediencia voluntaria han sido tenidos en alta estima por los verdaderos talentos. De aquí la comparación del respeto con un sentido superior.

Los más grandes hombres que he conocido, dice Goethe, eran humildes y sabían gradualmente, jerárquicamente, lo que debían apreciar.

En un proverbio al parecer obscuro expresa nuestro poeta que «para hacer algo uno debe haber hecho ya». ¿Cuál es el sentido de esta frase? Es que antes de obrar uno debe tener ya cierto sedimento en su propia alma:

respeto, obediencia, abnegación, saber limitarse, plenitud de amor, cuidado de la sencillez, libre percepción de la serie jerárquica de lo digno. Por esto dice que la inclinación al respeto es la cualidad básica, la fuente espiritual que debe ser ante todo cultivada en el hombre. Si ha logrado hacer brotar esta flor en su alma lo demás vendrá por añadidura.

Después de lo dicho no encontramos exageradas las palabras de Stewart Chamberlain al afirmar que Goethe es el más sabio de los hombres de que tengamos noticia. No ha sido fundador de una religión ni de una doctrina filosófica; tampoco ha sido un gran erudito ni un reformador político social. Al contrario. Se reía de los grandes ideales humanitarios de su amigo Herder. Si se realizaran, decía, en el mundo no habrían más que enfermos y enfermeros. A los planes de mejoramiento social de Saint-Simon y otros reformadores los llamaba valientemente desvergüenzas generales. No se dejaba engañar por los adelantos del presente. Creía que las facilidades de las comunicaciones, la divulgación de la enseñanza (sin educación) y el desarrollo de la prensa como poder iban a precipitar a la sociedad en la mediocridad. En la vida moderna, que ya atibababa Goethe, observa un gran torbellino, un afán de ganar y devorar en medio del cual la existencia interior (*Stimmung*) queda ahogada. Las distracciones, aun el teatro, ejercen una influencia disolvente. La afición del público a los diarios, y a las novelas, aumentan la disolución espiritual. El desarrollo del maquinismo lo compara con una tempestad que se acerca.

Goethe no aceptaba ninguna dirección espiritual exclusiva. Su imposibilidad de pertenecer a cualquiera capilla le ha permitido alcanzar la completa sabiduría. Cualquiera marcada especialidad conduce a lo unilateral y limita el juicio que es el instrumento de la sabiduría.

Una de las muestras más acabadas de la sabiduría goethiana se encuentra en la «carta de aprendizaje» que el abate entrega a Wilhelm Meister. Dice así:

El arte es largo, la vida es corta, el juicio difícil, la ocasión fugaz. Actuar es fácil, pensar difícil; obrar según los pensamientos es desagradable. Todo comienzo es ameno, en el umbral está la esperanza... El niño se asombra, la impresión lo define, aprende jugando, la seriedad lo sorprende. La imitación es innata en nosotros, pero no es fácil reconocer al que se debe imitar. Es raro encontrar lo excelente, más raro aún apreciarlo. Es la altura la que nos seduce, no las gradas que llevan a ella; nos gusta caminar en el llano con los ojos en la cima. Sólo una parte del arte se puede enseñar, el artista lo necesita íntegro. El que lo conoce a medias está siempre confuso y habla demasiado; el que lo posee íntegramente, sólo quiere obrar y habla rara vez o tarde. Aquellos no tienen secretos ni fuerza; su doctrina es, como el pan amasado, sabroso y que satisface sólo por un día; pero la harina no se puede sembrar ni la semilla moler. Las palabras son buenas, pero no son lo mejor. Lo mejor no se aclara con palabras. El espíritu según el cual obramos es lo más alto; sólo él comprende y refleja la acción. El obrar bien pasa desapercibido para uno mismo; pero no así nuestros errores. El que no sabe proceder sino con artificios, es un pedante, un hipócrita, un chapucero. Los hay muchos y se sienten bien entre ellos. Su charlatanería detiene el progreso del alumno y su obstinada mediocridad desconcierta a los mejores. La doctrina del verdadero artista es comprendida íntegramente, porque donde faltan las palabras, hablan los hechos. El verdadero alumno aprende a deducir lo desconocido de lo ya conocido y se acerca al maestro.

Cinco días antes de morir expresaba el eminente anciano:

La felicidad depende del adecuado perfeccionamiento de nuestras dotes naturales. No he tenido nada más importante que hacer que elevar el nivel de lo que hay en mí, que ver modo en lo posible de hacer de mi vida una superación continua.

Podría corresponder al espíritu anhelante de Goethe que hubiera dicho en sus últimos momentos—como se

refiere ordinariamente— «luz, más luz»; pero no fué así; se sabe que no pronunció estas palabras. Apoyado en algunos servidores se paseó por su pieza, y, como le dijeran, a una pregunta suya, que era el 22 de Marzo, mirando hacia afuera exclamó: «Ha empezado la primavera». Lo sentaron en un sillón y se quedó dormido. Aun tuvo tiempo de que cruzaran por su fantasía privilegiada figuras gratas. «Qué hermosa cabeza de mujer con cabellos negros», dijo en sueños. Después a la viuda de su hijo que lo acompañaba. «Ven, hijita, le dijo, acércate, dame tu mano, hazme un cariño». Y sin muecas ni contorsiones su cuerpo entró a dormir para siempre.

La conmemoración de esta fecha no significa la de una muerte sino la del principio de una inmortalidad o, si preferís, la de la supervivencia entre los hombres de este gran espíritu, porque Goethe, gloria alemana, es un valor universal.

Yo diría que es como una poderosa fuente. Ha brotado del rico suelo alemán, saturada de los más hondos zumos de su tierra; pero ha echado a correr pronto más allá de las fronteras de su país, ha fecundado los valles de casi todo el planeta y ha ido a calmar y aclarar el acerbo y agitado océano en que se debate la humanidad.

Ahí está a nuestra disposición la fuente perdurable. Supervive a nuestro alrededor el fuerte y luminoso espíritu del excelso poeta. Guiados por él podemos admirar las bellezas del cosmos y sus secretos, maravillarnos ante una yerbecita y descifrar sus misterios, ver un pequeño mundo en cada ser vivo, subir al cielo a escuchar al Ser Supremo, oír las sutilezas del Demonio, descender a los antros de brujas y hechiceras; gozar de la alegría de vivir en medio de criaturas sencillas y encantadoras; llorar con los tormentos de amantes desgraciados, sentir la angustia de dolores irreparables, penetrar en todos los rincones del corazón de la

mujer y del hombre, sentir el valor del respeto, de la dignidad y autonomía humanas y recibir la más alta lección de virilidad. ¡Oh el guía y conductor incomparable! De nosotros depende hacer nuestra vida en su sabia e inspirada compañía.